

Alguien viene de noche a la casa

Escribe: HUGO RUIZ

—Anoche se me apareció una monja —dijo la niña.

Anselmo estaba acostado en el catre, leyendo la hoja parroquial. Por un momento continuó su lectura, pero las palabras de la muchacha se quedaron girando entre las diminutas letras y se volvió irritado hacia ella.

—¿Qué es lo que dices?

—Que anoche se me apareció una monja. Estaba toda vestida con el uniforme ese que usan y se me apareció al lado de la cama. Me dijo que debajo de la casa hay un tesoro.

La muchacha contaba la historia con una expresión mística. Anselmo se inquietó pensando que tal vez alguno de los parientes de su mujer habría estado loco. Miró a la niña con malicia, intentando descubrir en su rostro los síntomas de una locura precoz, pero solo pudo ver a su misma hija de siempre, que ahora lo miraba con aire beatífico.

—Ajá —dijo— una monja. Estabas soñando.

—No, no estaba soñando siquiera. La monja se me apareció y me dijo lo del tesoro. Alicia también la vio.

Ya él había vuelto a la lectura. Pero la niña continuó parada al lado, y la inmovilidad de su presencia le impedía concentrarse en los pormenores del bazar del domingo siguiente, que anunciaba la hoja parroquial.

—Bueno, está bien. Vete a jugar con la monja —dijo—.

Inés llegó con el desayuno. “Hoy va a llover —dijo, mientras él se acomodaba en el catre para recibir el caldo—. Lo sé porque la burra no hace más que rascarse.

Empezó a tomar el desayuno, dejando a un lado la hoja parroquial. Su mujer volvió a la cocina y regresó poco después con el resto. La niña no se había movido.

—¿Ya sabes que anoche nos visitó una monja? —ironizó.

—Eso dicen las niñas —respondió la mujer—. Dizque una monja. Se ven tantas cosas en la vida.

—Y además —continuó él— ahora somos ricos. Hay un tesoro debajo de la casa.

La niña empezó a llorar.

—El viejo Yamil opina que de pronto es cierto lo del tesoro, dijo a su mujer al mediodía, mientras tomaba metódicamente la sopa, sudando copiosamente por el calor.

—Ese viejo avaro está loco —dijo ella—.

—Sí, debe estar chiflado para creer semejante cosa. Hace mucho calor hoy.

—Es porque va a llover. La burra no ha parado de rascarse en toda la mañana.

—Estás como la niña —dijo—. Esta mañana era la monja, y ahora la burra.

—Ya verás como llueve. La burra nunca se equivoca.

Llovió toda la tarde. Por la noche, mientras ella daba luz a la lámpara de petróleo, él dijo:

—Bueno, ¿y qué tal si de pronto es cierto el cuento de la monja?

—Déjate de pensar en espantos y acuéstate.

Se tendió en el catre e intentó seguir leyendo la hoja parroquial, pero la poca luz que podía obtener de la lámpara lo desanimó.

—El padre Mariano dice aquí que el domingo hay un bazar.

—Sí —respondió ella—. Hay que recoger fondos para la nueva iglesia.

—El pueblo no necesita iglesia —arguyó—. Lo que necesita es tranquilidad.

Se quedó mirando al techo, dejando correr el sudor, pensando que no tenía sueño, hasta que escuchó a su mujer decir:

—Con una nueva iglesia pueda que haya tranquilidad. A la de ahora no va nadie porque es muy fea y está a punto de caerse. No inspira respeto.

El estaba lejos, pensando en la monja, el tesoro y el bazar del domingo. De repente soltó:

—Lo que no entiendo es por qué la monja se le apareció a las niñas y no al padre Mariano.

Ella se quedó mirándolo, ahora preocupada. El sintió su mirada y supo lo que pensaba. A la débil luz de la lámpara, la figura de su mujer se iluminó —por un momento apenas— en el recuerdo, y la vio como veinte años antes, cuando la conoció cerca del río, lavando ropa. El contraste lo desconcertó, y luego la reconoció enferma y envejecida.

—No vas a empezar otra vez con tus historias —dijo ella, erguida frente al catre donde él permanecía tendido perezosamente—. Ya has hecho suficientes disparates en la vida.

—Yo no te digo nada porque creer en la burra —se defendió—.

—Es distinto —dijo ella—. La burra no es un espanto. Y además llovió.

El viernes, ellos dormían aún cuando las niñas entraron corriendo a la pieza. Entre sueños Anselmo sintió un brusco galope de caballos y se despertó alarmado. Entonces pudo distinguir a sus dos hijas, paradas al lado del catre.

—La monja acaba de irse —dijo precipitadamente la menor—. Se nos volvió a aparecer y nos dijo que buscáramos debajo de la casa, junto a la cerca. Que ahí está el tesoro.

El las miró perplejo, todavía no despierto del todo.

—Sí —agregó la otra—. La monja dijo que teníamos que sacar el tesoro para que ella pudiera descansar. Es bonita, la monja.

—Bueno —respondió, pausadamente para que la pasara el sobresalto— vayan a dormir. Un día de estos buscamos ese tesoro.

—Pero si la monja dijo que teníamos que buscar ligero, que mientras no se desentierre, ella no puede descansar. ¿Por qué no lo buscas papá, ¿sí? La monjita parecía muy triste.

—Está bien, está bien, vayan a dormir.

Sintiendo a su lado la pesada respiración de su mujer, escuchando por intervalos el canto de los primeros gallos, Anselmo recordó esa tarde de su niñez en que se le apareció la patasola. Había ido a pajarear con otros muchachos, al salir de la escuela, y persiguió a un jirigüelo de árbol en árbol, alejándose del grupo. Cuando ya creía haber perdido la pista del pajarraco, lo descubrió de pronto en una rama baja de la gran ceiba y templó su cauchera, pero el jirigüelo lo miró fijamente con sus ojillos amarillos y cuando disparó echó a volar, ileso, hasta otro árbol. Anselmo lo había perseguido con la mirada y visto descender en uno de los árboles de matarratón que separaban el potrero del camino al río. Entonces se agachó para recoger otra piedra, y al incorporarse la vio: estaba vestida de negro, parada en su única pierna, y sonreía en forma extraña. Despavorido, había echado a correr, sin mirar atrás, dejando abandonada la cauchera en el lugar y sin que nunca volviera a buscarla.

Con el recuerdo, revivieron sus antiguos miedos de niño, de cuando se orinaba en la cama después de haber estado horas enteras escuchando a la abuela contar historias de espantos y aparecidos, en su pequeño cuarto, imaginando en las sombras de la oscuridad las figuras que surgían de los relatos de la vieja. Pero se sobrepuso al deseo de levantarse y salir al patio e intentó conciliar nuevamente el sueño.

Mientras se bañaba la cara en la alberca, su mujer le dijo:

—Las niñas están otra vez con el chisme de la monja. Que anoche se les volvió a aparecer.

—Sí, esta madrugada me despertaron con ese cuento. Me provoca quedarme una noche con ellas, a ver si es cierto.

—No sacarías nada. La gente dice que algunos espantos no se aparecen sino a los niños.

Inés pasó a la cocina y él continuó en forma meticulosa su aseo diario. Estaba pensando en las palabras de ella y decidió que debía ser así. “Seguramente porque los niños son inocentes”, concluyó.

Cuando regresó a la alcoba, para acabar de vestirse, su mujer entró con el desayuno.

—La gente está empezando ya a comentar —dijo ella—. Las niñas regaron el cuento por todo el pueblo.

—¿Qué dicen?

—Nada y de todo.

—Mejor dile a las niñas que cierren el pico.

De nuevo sintió encima la mirada inquietante de su mujer. Empezó a tomar el caldo con aire distraído.

—Anselmo, —dijo lentamente ella—. No estarás pensando en serio en ese tesoro.

—Claro que no, mujer. Ya estoy curado de espantos.

—Tal vez, pero no de locuras. Poco después, agregó: Hoy amanecí otra vez mala.

Dejó de tomar el caldo y la miró. La vio triste, resignada, esperando a que los cólicos la tendieran en la cama a quejarse.

—Si quieres, me paso por el doctor y le digo que venga a verte —dijo—.

—No sirve de nada —respondió ella— hace como cinco años me está tratando y cada día estoy peor.

—Es el único que hay —dijo—.

—Seguramente por eso cobra como cobra.

Se sintió aliviado cuando ella salió del cuarto para volver a la cocina. Los días en que amanecía mala, se tendía en el catre y sudaba a chorros, retorciéndose por el dolor. En las noches, el tiempo se contaba por sus gemidos y el amanecer llegaba lento y trasnochado. La impotencia de no poder ayudarla lo mortificaba, y ahora que advertía la inminencia de una nueva crisis, volvió a apoderarse de él esa sensación de derrota que siempre lo invadía. “Si de chiripas fuera verdad lo del tesoro, entonces podría llevarla a Ibagué, para que la viera un buen doctor”, pensó vagamente.

Cuando ella regresó, trayendo una taza de chocolate y un pan, él dijo, con la oculta intención de reconfortarla, bromeando:

—Anoche soñé con la patasola.

El domingo, Anselmo acabó de ponerse la camisa blanca y salió al patio. Había llovido toda la noche y en el aire flotaba un olor a tierra renovada. Escuchó las campanadas para la misa de nueve y se sintió extrañamente contento. “Hoy es el bazar”, dijo a su mujer, cuando la vio salir de la cocina. Ella no respondió sino al rato, después de varios viajes al comedor, como si solo hasta entonces oyera sus palabras. “Estás como para un retrato”, dijo. “Es por lo del bazar”, se disculpó.

Mientras tomaba el tinto, se alegró de que a ella le hubiera pasado el malestar. Las dos últimas noches, los cólicos no la habían dejado dormir, y él consideró una deslealtad no acompañarla en su insomnio. Pero esa madrugada ella estaba otra vez bien, y él logró dormir como un oso en invierno. Y ahora estaba todo vestido de blanco, tomando un tinto y sintiendo en el aire el reconfortante olor a tierra recién lavada que le venía del patio.

El sol empezaba a calentar cuando salió a la calle. Echó a caminar hacia la plaza, fumando un cigarrillo y observando con curiosidad el inusitado movimiento que había en el pueblo. Los campesinos llegaban de todas las veredas para instalar sus puestos de mercado en la plaza. “Este domingo hay más gente en el pueblo”, pensó. “Será por la cosecha. O el bazar”.

Cuando llegó al parque, donde se había organizado el bazar, se acercó a un puesto y pidió una cerveza. Poco después llegaron sus amigos.

—¿Cómo es el cuento de que en tu casa se aparece una monja? —burló Demetrio—.

—Imaginaciones de las mocosas —respondió—, aparentando desinterés.

—Esas cosas a veces resultan ciertas —dijo Manuel—. A un compadre mío se le apareció un fraile sin cabeza y le dijo que buscara debajo del árbol de matarratón. El hombre buscó y encontró un cofre lleno de monedas de oro. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Lo que si es cierto —dijo Demetrio después de las risas— son las guacas. Pero hay que desenterrarlas sin malos pensamientos, o de no, se hundan más. Toda la plata que tiene el patrón la hizo con una guaca que desenterró cuando joven.

—Bueno —dijo Manuel—. De todos modos, nada pierdes con buscar el dichoso tesoro.

Anselmo se sintió justificado.

—Si —dijo—. De pronto me da la ventolera y me pongo a buscarlo. Es la única forma de salir de pobres.

Al mediodía, el bazar estaba lleno de gente. El padre Mariano se paseaba por los puestos, conversando con las señoras que bajo las carpas se movían frente a largas mesas repletas de platos de arroz con leche y que él mismo había designado para tal tarea el domingo anterior, desde el púlpito. “Dios, nuestro Señor, merece una casa digna de su sagrado nombre —había dicho con tono profundo—. Por eso todo el pueblo debe colaborar con el bazar, para construir una iglesia que sea decorosa morada de su augusta presencia entre nosotros, sus ovejas”.

Bebieron toda la tarde. Al caer el día, la gente empezó a abandonar el bazar, y entonces decidieron ir a un café. En el camino, Manuel contó el cuento de la viuda vuelta a casar. El esposo se le apareció una noche al nuevo marido, que estaba en la finca, y le dijo que volviera inmediatamente a la casa y buscara debajo de la cama. El tipo ensilló el caballo y galopó hasta la casa, pensando que iba a encontrar un tesoro. Pero lo que encontró debajo de la cama fue a uno de sus amigos, completamente desnudo. Los mató a ambos a tiros y ahora está en la cárcel.

Todavía reían del cuento cuando entraron al café y pidieron una botella de aguardiente. Habían bebido la mitad cuando entraron los soldados. Se quedaron parados en la puerta, las piernas abiertas y el fusil desasegurado. El alcalde se adelantó, acompañado de dos soldados. Anselmo, Demetrio y Manuel sintieron encima la mirada del alcalde, que los identificó y siguió buscando de mesa en mesa. No advirtieron que un hombre —hasta ese momento desapercibido en una apartada mesa de rincón— se había levantado precipitadamente y entrado al baño. Pero el alcalde lo vio. Hizo una seña con la cabeza a los soldados y fue a pararse frente a la pequeña puerta de batiente, desenfundando el revólver.

—Salga de ahí —gritó—.

Casi inmediatamente, la puerta se abrió y apareció el hombre. Era bajito, moreno, y estaba vestido con un pantalón caqui

y una camisa blanca. Los dos soldados le apuntaron con sus fusiles.

—¡Papeles! —volvió a gritar el alcalde—.

El hombre no demostraba temor. Buscó en el bolsillo de la camisa y sacó un papel arrugado, que entregó al alcalde. El alcalde pareció inspeccionar minuciosamente el documento. Luego levantó la vista para mirar al desconocido. Lo examinó alternadamente con el papel. —“Esto no vale nada”, —dijo— y lo rompió en pedazos. “Requísenlo”, ordenó. Uno de los soldados lo hizo mientras el otro continuaba apuntándole con el fusil. El hombre no opuso resistencia. “Queda detenido”, —dijo—. “A usted nadie lo conoce en este pueblo”. El hombre intentó decir algo, pero entonces sintió el primer culatazo en la espalda. “Está tranquilo —pensó Anselmo—. Lo peor es que está tranquilo”. Cuando uno de los soldados empujó al hombre, en dirección a la puerta, este pareció caer, pero alcanzó a recuperar el equilibrio y siguió caminado en silencio. “A ese se lo llevó el diablo”, susurró Demetrio.

—Vámonos —dijo Anselmo, poco después de que se fueron los soldados—. Esto ya se dañó otra vez.

Se separaron en la plaza, observando las oscuras calles, ahora vacías. “A ese alcalde lo van a tostar un día de estos”, dijo Manuel. Los demás permanecieron callados. Entonces oyeron los disparos.

Encontró a su mujer rezando, frente a una estampa de las ánimas benditas. Anselmo empezó a desvestirse.

—Lo que se necesita en este pueblo no es iglesia —dijo en voz alta—. Sino hombres de pantalones.

—No me interrumpas —respondió la mujer—.

Cuando ella terminó el rosario, Anselmo ya se había acostado. El recuerdo del hombre y su expresión de serenidad habían terminado por ahuyentarle los tragos.

—Desde aquí se oyeron los disparos —dijo ella—. ¿Qué pasó ahora?

Anselmo le contó todo, y ella lo escuchó con preocupación exagerada.

—Un día de estos te van a matar a tiros por andar tomando trago por ahí —sentenció—.

Cuando también ella se acostó, la oyó añadir, en la penumbra del cuarto:

—¿Por qué mi Dios no le mandará una maldición al alcalde ese? Desde que está en el pueblo ya nadie tiene vida.

—Lo que pasa es que tiene miedo —dijo Anselmo—. Tiene miedo de que lo maten como a los otros. Y se está cavando su propia tumba, sin darse cuenta.

—Si lo matan mandan uno peor —dijo ella—. ¿Qué tal el bazar?

Cuando comprobó que ella dormía, se entregó a recordar la forma en que el pueblo había venido a convertirse en lo que ahora era. “Tal vez sea tiempo ya de vender ese chucho y largarme”, pensó. “Así no se puede. Todas las noches lo despiertan a uno los disparos”. Recordó las tardes de la escuela, cuando iban por los lados de la quebrada con Dámaso, Manuel y José a pajear, o a bañarse. Después, días enteros entre los surcos de algodón. Hasta que se casó con Inés y se había venido a vivir al pueblo. Todo empezó la noche en que encontraron el cadáver de don Simón García tendido en una vereda. Después, el pueblo se fue llenando de soldados, y la gente a irse a otras partes. También José se había ido. “Si no me voy me matan”, le dijo la tarde en que fue a despedirse. “Es mejor que te largues también” —le aconsejó—. “Este pueblo ya no lo arregla nadie”.

Pero no había podido irse. La ferretería apenas sí daba lo suficiente para seguir pasando trabajos, e Inés estaba cada día más enferma. Días después comprendía, al recordar el sudor en el rostro, el intenso calor de esa noche, que fue justo en ese momento cuando recordó a la monja y decidió buscar el tesoro.

El miércoles, los soldados hicieron una recogida a la salida del circo. Se llevaron a varios muchachos del colegio y los tuvieron tres días en la cárcel. Los padres no se atrevieron a protestar. Cuando los soltaron, estaban sin cabello y tenían las manos quemadas.

—Esto ya es el colmo —dijo Dámaso—. Esos pobres muchachos.

Anselmo no respondió. Cerró la ferretería una hora antes y fue hasta el almacén de don Vicente. Recorrió las seis cuadras con ritmo melancólico, cruzando de vez en vez por entre peque-

ños grupos de soldados. Cuando entró al almacén, encontró a don Vicente sentado en una silla, abanicándose con un periódico.

—Buenas, don Anselmo —saludó—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Para hacer unas compras —dijo—, empezando a buscar.

—Lo único que vale la pena comprar ahora es un revólver.

—Sí —respondió, sin volverse a mirarlo—. Así es.

—¿Y qué es lo que quiere, compadre?

Anselmo siguió mirando en silencio las herramientas esparcidas por el piso.

Al principio, su mujer no dijo nada cuando lo vio entrar esa tarde cargando una garlancha y una pica. Después, mientras comían, preguntó:

—¿Y esas vainas, para qué?

—Pueden hacer falta para cualquier cosa. Además, eran muy baratas.

La mujer siguió tomando la sopa, callada. Pocos minutos después —por fin— explotó:

—Sí, como la burra, que la compraste sin saber por qué. También la burra podía hacer falta para algo, y ahí lo pasa en el patio sin ningún oficio, como no sea dañarme las materas.

—Por lo menos te avisa cuando va a llover —dijo—.

—Valiente gracia —continuó ella—. Ese dichoso animal lo que hay que hacer es venderlo, antes que se muera de hambre. Y ahora comprando palos para nada, porque seguro que es para buscar el tal tesoro. Un hombre ya viejo y con hijos creyendo en cuentos de aparecidos.

El había temido esto cuando salió del almacén y empezó a caminar llevando las herramientas. Pero supo que después del escándalo ella se quedaría callada y lo dejaría hacer.

—Nada se pierde con buscar —dijo—. Y además, como ahora es mejor no salir de noche...

—Pues lo que se pierde es la plata que te costó esa vagabundería, mientras que aquí no hay ni para desayunar.

Le dolió que ella recordara eso.

—Siempre se pueden vender —dijo—.

—Sí, claro, por la mitad, si acaso.

De pronto, comprendió que ella estaba a punto de llorar, y entonces le pesó haberlas comprado. Pero media hora más tarde, cuando pasó al cuarto para dormir la siesta, ella se había tranquilizado un poco.

—Por lo menos podremos limpiar el patio —dijo—. Será lo único que se puede hacer con esos palos.

Anselmo sonrió. Entonces la pregunta se le vino a la boca con una celeridad reposada pero firme, y a pesar de comprender que solo lograría exasperarla, no pudo abstenerse de formularla.

—¿Y la monja, no ha vuelto a aparecerse? —dijo—.

Ella se volvió a mirarlo. Aún tenía rastros de llanto en los ojos. Anselmo sostuvo la mirada, y cuando creyó que otra vez iba a empezar la cantaleta, adivinó más que vio la sonrisa en el rostro de su mujer.

—No, las niñas no han vuelto a decir nada —respondió—.

Entonces él se sintió más seguro, nuevamente confiado .

—Será por los soldados —dijo—. De pronto le meten un tiro cuando salga.

Contra su voluntad, ella se abandonó un instante a la risa.

—Seguramente es eso, —murmuró—. No tienes remedio.

Tres días después, cuando las esperanzas de Anselmo empezaban a esfumarse, la monja volvió a aparecer. Las niñas contaron, como siempre, que estaban durmiendo cuando sintieron las pisadas por entre las camas y despertaron al tiempo. La monja estaba parada allí, llevando una vela encendida. Les había dicho que todo lo que pasaba en el pueblo era por el tesoro, y si lo desenterraban la tranquilidad regresaría otra vez.

—Entonces habrá que buscarlo —dijo Anselmo—. Ya es un deber moral.

—Al fin encontraste una disculpa —dijo ella—.

La noche siguiente empezó a cavar. Las niñas se quedaron mirándolo cuando, después de comprobar que se trataba del sitio indicado, alzó la pica y descargó el primer golpe.

—Ni una palabra de esto a nadie —dijo a las niñas—. Porque las mato a cuero.

Trabajó durante dos horas. Cuando terminó, porque se sentía cansado, notó que el montón de tierra era considerable, y se asombró de su esfuerzo. Dejó las herramientas abandonadas en el lugar y pasó a la pieza. Al acostarse, lo invadió una sensación de inutilidad que lo aturdió por completo.

—¿Qué hubo —dijo ella—. Encontraste el tesoro?

Prefirió no responder.

—Es cuestión de varias noches —dijo después—. Los tesoros no están ahí no más a la vuelta de la esquina. ¿No lo sabías?

—No —dijo ella—. Pero la monja podría subirlo un poco, si tan interesada está en poder descansar.

A la semana, la tierra no cabía en el patio. Inés se vio obligada a recibir las visitas en el cuarto, para evitar que pudieran pasar a la cocina, como hacían siempre, y ver la tierra.

—Nos vamos a morir enterrados vivos —le dijo—.

—No te desesperes. Si encuentro el tesoro compramos la casa.

—Qué tesoro ni qué pan caliente —dijo ella—. Eso no son más que cuentos de las niñas, y solo un tonto como tú les pone bolas.

Era verdad que en las últimas dos noches, cuando ya el hoyo tenía una profundidad casi alarmante, se había sentido desalentado. Pero le costaba trabajo renunciar porque si abandonaba la tarea habría perdido todo, no tanto las herramientas como la esperanza de encontrar una salida al callejón cerrado que era su vida, y además su mujer tendría una vez más la razón. Por eso continuaba cada noche cavando, buscando entre la tierra, esperando el momento en que la pica diera un golpe seco al hundirse y encontrara entonces el ansiado cofre lleno de redondas monedas de oro.

Una de esas noches, Inés había venido a rogarle que se acostara cuando oyeron los disparos. “Avemariapurísima”, exclamó ella, y corrió al cuarto. El permaneció atento, esperando nuevas detonaciones que no se produjeron. Entonces, arrojó la palada de tierra que sostenía y abandonó el trabajo.

El martes, su mujer le dijo:

—Hoy va a llover. La burra se ha rascado todo el santo día. ¿Si llueve, sabes cómo se va a volver el patio?

El continuó fumando.

—Esta misma tarde empiezas a llenar esa bendita cueva —dijo ella—. Lo que va a pasar es que se va a caer la casa y ahí si quedamos más fregados de lo que estamos.

—El tesoro debe estar ya cerca —dijo—. No puede estar en el centro de la tierra.

Esa noche, no pudo continuar, porque al caer el día se desgajó el aguacero, y llovía aún cuando se acostó, experimentando una aguda sensación de frustración. En el fondo, estaba ya convencido de que otra vez había caído en uno de sus tantos actos irreflexivos. “Locuras”, —se lamentó—. “Pero ahora lo único que se puede hacer es seguir martillando”.

Llovió durante tres días, con pequeños intervalos. El patio se había convertido en un lodazal e Inés tuvo que preparar las comidas en el comedor, utilizando un pequeño fogón, ya que resultaba virtualmente imposible llegar a la cocina. Anselmo se resignó a soportar con estoicismo ejemplar la perenne rezongadera. Al segundo día, a ella le volvieron los cólicos y él salió por el médico y continuó después echado en el catre, esperando a que pasara la lluvia.

—Cuando escampe —le dijo—. Hago dos intentos más, y si no lo encuentro, te prometo que tapo esa vaina.

—De aquí a allá estaremos enterrados en barro —dijo ella—. O se habrá caído la casa. Sin contar con que también nos habremos muerto de hambre, porque ahora ya ni trabajar te gusta.

Finalmente escampó. Había deseado que continuara lloviendo todo el año, porque ya sabía que los dos intentos resultarían también inútiles y tendría que encarar el fracaso. Así que esperó hasta el día siguiente para empezar a cavar de nuevo, con el pretexto de que era mejor dejar que se secara el barro. Trabajó hasta la madrugada, pero la tierra pesaba demasiado y resultaba difícil avanzar. Cuando se acostó, se sintió más solo que nunca.

Como un primer síntoma del reconocimiento íntimo de haber sido engañado por la monja, que venía experimentando de

varias noches atrás, a la mañana siguiente fue al almacén. Acababa de abrir cuando Dámaso entró corriendo.

—¡Mataron al alcalde! —dijo—.

Anselmo levantó la vista, perplejo.

—Lo mataron anoche, cerca del río. Lo acorralaron contra el río y lo mataron con todos los soldados que llevaba. Ahora quién sabe qué irá a pasar. Es el tercero que matan en dos años.

—Ahora mandan otro —respondió, sereno—. Y seguro que lo matan también, pero antes se lleva por delante a varios. Es la misma historia.

—Sí —confirmó Dámaso—. Estamos “sobaos”.

Entonces comprendió por qué esa mañana las calles estaban nuevamente atestadas de soldados. Prefirió cerrar inmediatamente y volvió a la casa para continuar cavando.

—Mataron al alcalde anoche —dijo a su mujer al entrar—.

—Sí, ya supe. Ahora debe estar en el infierno, asándose.

Necesitó una pausa para decir:

—Ahora van a empezar a fregar la paciencia todavía más. Pero no nos van a encontrar aquí, porque nos vamos del pueblo.

Lo había decidido sin darse cuenta. Realmente solo vino a saber que era una decisión inquebrantable en el mismo momento de decirlo. Ella se quedó mirándolo, incrédula.

—¿Estás hablando en serio? —dijo—. O es pura paja.

—Nos vamos —repitió—. Voy a vender el almacén por lo que me den y nos largamos.

Ella seguía mirándolo en forma estúpida.

Después de la siesta, empezó a cavar sin convicción. Y a los veinte minutos se quedó mirando el montón de tierra, se juzgó absurdo y con el pie empujó un poco al hoyo. Luego empezó a llenarlo, primero lentamente, con desgano, después con verdadera prisa, casi con furia. Le faltaba poco para terminar cuando entró al cuarto a descansar. Su mujer interrumpió el rosario.

—¿De verdad nos vamos? —dijo—.

—Ya tapé el hoyo —respondió—.

Entonces ella permaneció en silencio, arrodillada frente a la estampa de las ánimas benditas, sin pasar la cuenta del rosario.

—Además voy a vender también la burra —agregó—.

La mujer recomenzó su rezo.

—Y nos largamos de esta porquería tan pronto se pueda.

En la madrugada, las niñas entraron corriendo. Anselmo se despertó sobresaltado y las vio otra vez, como casi un mes atrás, paradas al lado del catre. “¡La monja!”, pensó. Las niñas lo estaban mirando. “La monjita está en la pieza, llorando”, dijo la mayor. “Se apareció hace un momento y nos dijo, que habías tapado todo, cuando apenas faltaba un tris para encontrar el tesoro”.

—Sí —sollozó la otra—. La pobre monjita está llorando por eso.

La mujer se despertó. Vio a las niñas a un lado y a su marido a medio sentar en el catre, con una expresión de incertidumbre en el rostro. ¿Qué pasa?, preguntó.

Que la monjita está en el cuarto, llorando porque ahora ya no va a poder descansar nunca.

Ella se alarmó y acabó de despabilarse, pensando que él podría volver a empezar a la mañana siguiente.

—Dejen de andar con cuentos y vayan a dormir —dijo—.

—Sí —dijo Anselmo, acostándose otra vez—. Que llore todo lo que quiera.

Las niñas empezaron a llorar. Cuando salieron, la mujer se quedó mirándolo, inquieta.

—No te preocupes —dijo él—. Esa monja es una tomadora de pelo.